

tantemente la afectividad; no solo un hombre que ha perdido la razón sino un hombre en quien está fundamentalmente perturbado lo irracional.

La esquizofrenia es el eje de la Psiquiatría actual, como la esencia de la locura, por sus problemas, su frecuencia, las dificultades de su concepto y ahora hasta por los útiles métodos recientes para su tratamiento. Cuando *Kraepelin* la entresacó del caos de la locura en su tiempo, la llamó «demencia precoz» para significar que abocaba pronto a una demenciación irreparable—al revés que la psicosis maniaco-depresiva que curaba sin defecto—y *Bleuler* le dió el nombre de esquizofrenia tomando pie de uno de sus síntomas: la disgregación. Sigue ahora un deseo empeñado de resolver cual o cuales son los síntomas fundamentales de la enfermedad, aquellos—fenomenológicamente irreductibles—que vendrían a definirla; pero nuestra tarea de hoy no es hablar de eso, ni siquiera de la expresión con medios artísticos normales de las alucinaciones o las vivencias sufridas en un brote esquizofrénico, sino el estudio de los modos de expresión de esquizofrénicos que tienen sentido artístico. Para nuestro problema no interesa, por ejemplo, la descripción justa, en bello estilo, de los diálogos alucinatorios del enfermo o la referencia precisa de la pérdida del sentimiento de simpatía y de convivencia que escribía un enfermo de *Schneider*, sino más bien el modo de expresión de aquel enfermo de *Schilder* (citas de *Bürger-Prinz*) que representaba las complicaciones metafísicas de su fase aguda con dos puntos y una maraña de líneas.

Los dibujos de los esquizofrénicos son, por lo común, rígidos, esquemáticos, geométricos, con notable

